

Carlos Germán Belli:

La alquimia del amor

Marco Martos



Carlos Germán Belli es uno de los poetas peruanos más notables del siglo XX. Pocos como él han sabido recoger el caudal de la tradición poética de nuestra lengua y al mismo tiempo ser novedosos, rigurosos en su modernidad. En estos días Carlos Germán Belli publicará un nuevo libro de poemas: "Más que señora humana" que seguramente será un acontecimiento en nuestra letras. Con ese motivo dialogó con Hipocampo.

En estos días próximos vas a publicar un libro de poemas que se vincula con una preocupación antigua tuya que viene desde ese poema que recogen las antologías: "Nuestro amor no está en nuestros respectivos y castos genitales". . .

El texto al que tu aludes es un texto amoroso con una tónica referida a una suerte de amor platónico, la contemplación amorosa; este tema específico aflora en una que otra vez posteriormente. Creo que en el libro que saldrá en los próximos días se amplifica la constante amorosa; ahora a ese componente espiritual se une el otro componente, la otra parte del amor, lo corporal.

LOS PRESAGIOS

En este poema que se titula "Presagio" donde mencionas a Lope de Ayala y Marinetti tu ponderas a la humana señora, como yegua más alondra, más ese pedernal, más chispa, más esa flor, más breve brizna; todo esto es una especie de química del amor; Da la impresión de que todos estos elementos son como una fórmula de la celebrada señora.

Me vas a permitir responderte de la forma más simple; esa referencia tuya al mundo de la química en mí es igualmente, por otro lado una constante por una sencilla razón que es haber nacido en los altos de una farmacia, mis padres han sido a su vez farmacéuticos, me he criado posteriormente en una farmacia y también es una constante el mundo químico; en buena cuenta para mí es un orgullo esta vinculación con el universo de la farmacopea porque como bien sabes la química moderna es una consecuencia de la alquimia; la alquimia que no conozco; mi propósito es adentrarme en el mundo de la alquimia, estoy en la orilla todavía, quisiera retornar de la química del siglo XX a la alquimia del medioevo.

Esta obra que ahora vas a entregar al público muestra una salida personal. Recuerdo el título de un comentario de José Miguel Oviedo que decía: "Belli: más pavor, más asfixia". Esta salida sensorial amorosa ¿significa que el poeta deja atrás el pavor y la asfixia?

Sí, evidentemente, creo que al fin de cuentas me he encontrado vivo, en mi propia esencia, en mi propio ser, el cuerpo y el alma. A partir de allí trato de vislumbrar el mundo invisible; afanosamente, aunque sea en vano quiero poner el mundo visible al servicio del mundo invisible. Esta es una fórmula que la leí no hace mucho expresa por el simbolista Odilón Redón; para redondear esta idea vuelvo a repetir como ya lo he expresado en otras ocasiones: me adhiero al lema egureniano; siempre a lo desconocido; ahora me vas a permitir que entre un poco a lo anecdótico, tú has traído a colación un artículo de José Miguel Oviedo; ese artículo se publicó el día en que produjo una tragedia en el Estado Nacional de Lima. Siempre he creído que Oviedo tuvo un sentido premonitorio de lo que iba a ocurrir, es cuestión de verificar las fechas; fue en mayo del 64, siempre he guardado esta preocupación, este asombro de la sensibilidad del crítico para presagiar, avizorar una situación colectiva.

LA TRADICION, LA MODERNIDAD Y LAS CRITICAS

Volviendo al poemario, creo que en él también se muestra una constante tuya: el respeto por la tradición poética milenaria, como otros poetas importantes del Perú, Vallejo que es profundo conocedor de la tradición romántica parnasiana, simbolista, a Martín Adán que ha cultivado justamente algunas formas que a ti también te interesan. Sin embargo, tu poesía es y parece moderna. ¿Podrías dar un alcance a los lectores de cómo trabajas esta alquimia, de cómo usando odres viejos, ofreces vino de esta época?

Es un híbrido textual que resulta de un afán combinado de mezclar estilos antiguos con experiencias vitales de un hombre del siglo XX. Todo comienza de una conciencia de mis carencias, de inseguridades. Para contrarrestar esta situación negativa, me armé de una estrategia personal que consistía en una lectura sistemática de autores tanto antiguos como modernos; el objetivo era amenguar algo mis limitaciones como hablante del idioma, como hablante del español; este era el motivo esencial; de allí, sin darme cuenta me deslizo hacia una suerte de adiestramiento estilístico, entrenamiento textual y comienzo pues todo un proceso de lecturas de

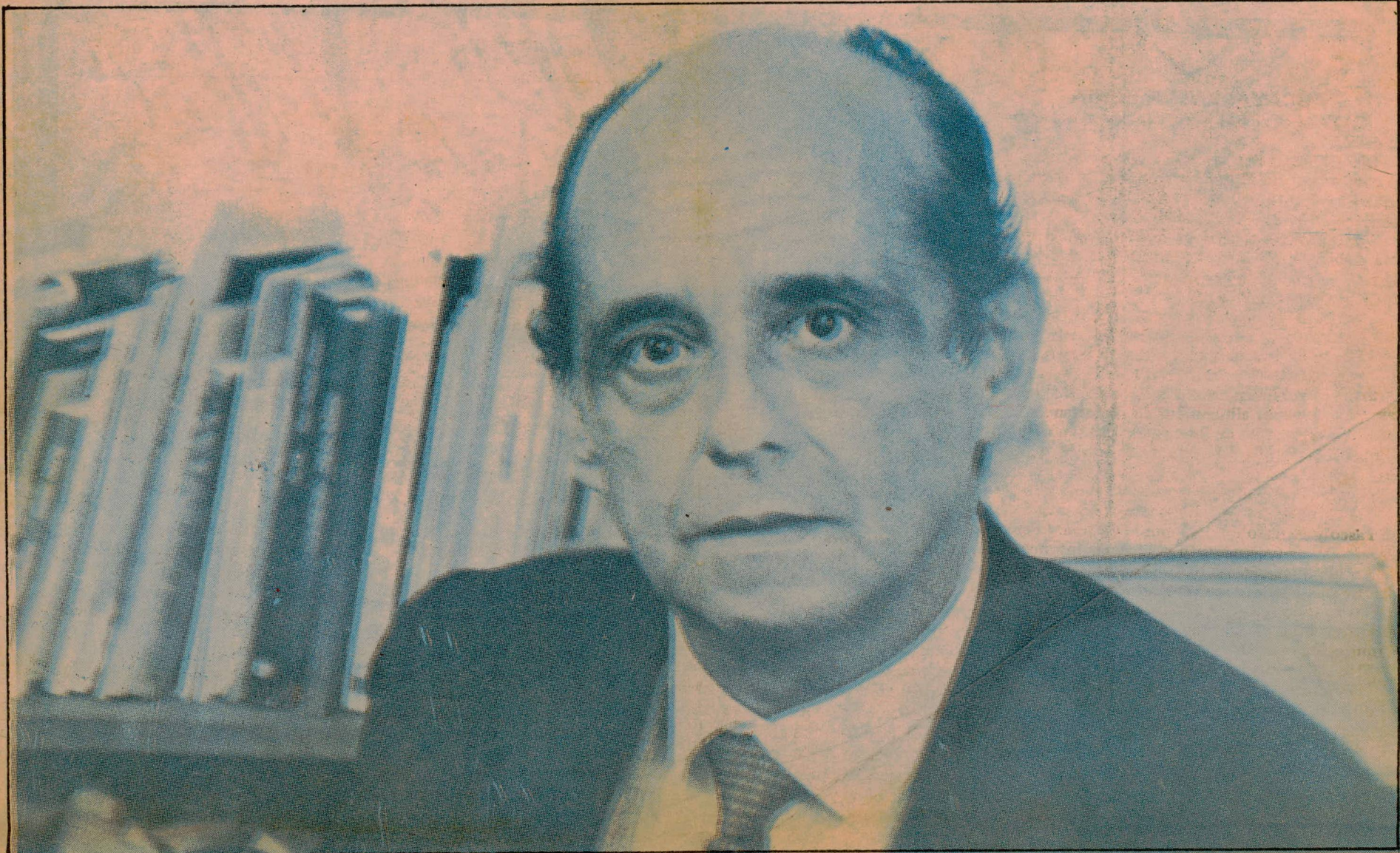
jornadas a través de los distintos movimientos artísticos y literarios; llega una época en la que sumergi en los ismos de vanguardia; de un modo sistemático me acerqué a esa poesía y a las artes plásticas; dentro de esa etapa recuerdo que cultivé el automatismo, posteriormente entre en una etapa letrista, en otras palabras, cultivé las jitanjáforas, hice textos de humor negro y encontrándome para mí en una especie de callejón sin salida. frente a la disolución de la palabra, fui impulsado también, motivado igualmente por las críticas negativas que recibieron mis primeras colecciones, a asumir el reto de volver a los poetas clásicos del idioma del siglo XVI y XVII; comencé allí esta troquelación, esta resolución de estilos.

Dices que recibiste críticas fuertes, tal vez como poeta joven no estabas suficientemente acorazado frente a opiniones negativas, y este un asunto que seguramente interesará a los poetas jóvenes que se ven enfrentados o al silencio o una crítica negativa.

En honor a la verdad, mi respuesta fue de rabia, de ira, me llevó lógicamente a asumir el reto de que yo podía también cultivar, mejor dicho procesar las formas de la gran tradición literaria, que ya las había cultivado en realidad antes. al salir del colegio hice modernismo, a la manera de Rubén, luego textos tradicionales a la manera de Lope; me acuerdo que por entonces ya tenía una etapa de lectura experimental bajo el amparo de Lope. Cuando recibo estas críticas a mis primeras colecciones, por los años sesenta, dije, yo también escribo a la manera tradicional, me gusta; me encontraba frente al callejón sin salida del texto vacío, del texto letrista. Dije, bueno ya cumplí todas las etapas de la vanguardia, de experimentación, bueno el retorno de la aventura, el retorno al orden como Guillermo de Torre.

¿Cómo reaccionas ahora frente a las críticas que pudieran ser negativas? Aunque imagino que eres consciente que tu poesía va alcanzando difusión planetaria. No creo que reacciones con rabia frente a las críticas.

Es que ya no las leo. Desde hace quince años. Las crónicas negativas yo sospecho que son negativas porque parten de la línea de ciertos críticos que no les gusta lo que hago,



pero me afectan, siempre me afectan, pero las soslayo.

¿Se cumpliría contigo lo que dice Washington Delgado en un texto donde sostiene que los poetas escriben un verso, que dura un año, un siglo o un milenio, pero que si alguien los toca, estallan: ¿Ese temblor personal lo sigues conservando?

Sí, soy sensible, muy sensible.

De otro lado tu poesía tiene el aprecio de los críticos más importantes y acuciosos como Roberto Paoli o James Higgins entre otros. Tú sabes que muchos te consideran el poeta peruano más importante. ¿Cómo te tocan estas opiniones?

Tú sabes que la poesía tiene siempre una audiencia limitadísima. Henry Michaux creo que se conformaba con diez lectores. Yo me conformo con uno. Para mí ya es mucho. La crítica favorable para mí es un aliento, un incentivo para continuar esta búsqueda, esta aventura que es la poesía.

LAS GENERACIONES Y LAS TENDENCIAS

Y en cuanto al asunto generacional ¿cómo te ubicas?

Me reconozco como una persona que pertenece a la generación del cincuenta; dentro de esta hornada en el Perú había dos grupos radicalmente distintos como bien sabes, los poetas puros y los poetas socia-

les, el compromiso con la palabra y el compromiso con los problemas de la comunidad. Justamente el otro día me preguntaban con qué grupo me siento más próximo. Tengo amigos en las dos vertientes, pero me siento más afín con el grupo llamado de los poetas puros o esenciales, aunque estoy seguro que si hicieran una antología de los poetas esenciales del 50 no me colocan, pero yo quisiera estar allí. A veces ha ocurrido en una antología como la que hizo un amigo mío, el cubano Octavio Armand hace dos años, que no se me considere dentro de los poetas esenciales.

¿Te juzgaba demasiado terrenal? Sí, terrenal, terrenal, pero yo me siento cada vez más desligado de la superficie terrestre, ese es mi afán

Hace poco publicaste en un diario tu texto "El itinerario" que es el prólogo de tu nuevo libro, ese texto se relaciona con otro tuyo que se llama "El pesapalabras". Preferencia parecida tenía Darío quien hacía explicaciones en un lenguaje, muy concentrado, poético en el mejor sentido de la palabra. Quería preguntarte por tu relación con ese poeta tan estimado.

Bueno, debe ser uno de los primeros poetas que he leído en mi vida. Mis lecturas comenzaron con Leopardi, con Núñez de Arce. Seguidamente descubro a Darío. Te hablo de los días de colegio. Lo leí conjuntamente con mi padre. El también lo descubre a la sazón. Leíme "Azul", "Prosas Profanas". En

realidad para mí Darío es punto de partida, es fundador de la poesía hispanoamericana moderna. Lo admiro cada vez más; es una especie de paradigma. Sin darme cuenta coincido con él en una afición que tenía, cual es la de hacer prólogos a sus libros como tú has dicho. En el caso de "Prosas Profanas" te indica la carencia de consciencia reflexiva en torno al quehacer del poeta que había entre sus contemporáneos. En "El canto errante" Darío registra presagios con respecto a lo que iba a ocurrir en el siglo XX, una poesía universal como tú recordarás. Darío habla acerca de la supervisión que es videncia, conocimiento suprasensorial que deben tener los poetas además del conocimiento diverso de la vida. Todo ello constituye punto de partida, atisbos por parte de Darío de ciertas direcciones de la poesía del siglo XX.

Volviendo a tu inquisición quiero decirte que comienzo esos prefacios no deliberadamente tratando de imitar a Darío, sino a raíz de una cosa muy circunstancial, muy episódica. El profesor Fernando Vidal hizo una serie de antologías de la generación del 50, que él llamó "Las decenas". Se trataba de antologías personales muy sucintas; nos sugirió a los antologados que debíamos escribir unas palabras; entonces yo escribo el primer prologo que hago, es decir, así es la forma que se da. En realidad es un texto que me gusta y que ha sido bien recibido por los amigos. Escribo luego "El pesapalabras" y finalmente esta

prosa que es "El itinerario". He aprovechado las circunstancias de mi último libro y lo voy a poner como prólogo. En realidad este texto lo escribí no para el libro, sino especialmente como ponencia, brevisima ponencia para un congreso de poetas que tuvo lugar no hace mucho en Florencia. Llevé ese texto breve y lo leí a marchas forzadas porque al principio no quería leerlo como siempre me ocurre en las reuniones, pero bueno había sido invitado y cumplí, a Dios gracias.

¿Siempre has tenido cierta distancia frente a un público oyente? ¿Eres más clérigo que juglar?

No sé, al final de cuentas me he ido deslizando al lado de los poetas públicos que participan en reuniones de lectura; ha sido para mí lógicamente muy difícil, pero esta es una moda del siglo XX, una vuelta al público, a la tradición del juglar. Si me dijeras en este momento di un verso tuyo, yo no podría decirte de memoria ningún verso mío, menos un poema, en cambio me puedo vanagloriar o blasonar de que leo bien; las lecturas las hago cada vez mejor. En Chicago un profesor me preguntó si yo escribo para leer. Jamás lo he pensado. Yo escribo por necesidad fisiológica de expresarme y regodeo con la palabra, justamente por ese regodeo con la palabra se consiguen efectos en la lectura en voz alta. Enhorabuena, pero no es una cosa deliberada.